

Memorias del subsuelo

La historia vuelve a ser típica: hay un narrador cuyo nombre no conocemos, criado fuera de la familia, y que nunca ha tenido una casa (o sea: el lugar donde nos aman). Habita un subsuelo.

Hay un doble, que es bello y torpe (Zierkov) y la prostituta del caso, Lisa. Ella lo va a ver a su sótano y lo proclama su salvador. El, que no tiene éxito con la mujeres, como Zierkov, en lugar de ufanarse, se avergüenza. Todo va bien: la vergüenza no tiene causa, el narrador va adquiriendo conciencia del pecado original. Debe su nueva vida. Como siempre, intenta pagar pero ella, como siempre, rechaza el dinero.

Hemos nacido muertos, y hace mucho tiempo que nacemos de padres que ya no viven, y eso nos agrada cada vez más...

El narrador promete seguir sus memorias, pero no lo hace. Estamos ante un fragmento, pero ¿acaso no sabemos cómo termina la fábula?

El eterno marido

He aquí la historia del marido (Trussotski) y el seductor (Velchaninov) con, en medio, Lisa, la hija que la mujer legítima tuvo con su amante. Hay un pasado con una mujer desaparecida (la esposa), un pasado en que el marido era débil y el seductor era fuerte.

Ahora, las cosas han cambiado. Lisa, madre iniciática, hace comprender a Trussotski que él es el fuerte, pues el otro nada puede hacer si no existe el marido: necesita de una esposa legal para transgredir la norma de acuerdo a la ley y hacerla transgredir a ella (o viceversa). Sin marido no hay adulterio y la mujer carece del encanto ilícito que moviliza al seductor.

Hay dialéctica del amo y el esclavo, en que éste (el marido, en el caso) acaba por señorear a su señor. Y hay la fascinación de un hombre por otro, siendo que uno cree haber descubierto los poderes ocultos del otro y, por lo mismo, haberse, a su vez, adueñado de ellos (según Dominique Arban, ésta es una constante dostoiévskiana).

El seductor es un enfermo: padece de insomnio, es excesivamente lúcido y reinvidica la civilización en tanto sus valores eminentes son enfermizos. Desde luego, se trata de un «ruso», en la óptica de la sana y bien dormida Europa.

¿Es suficiente su lucidez para entender la situación? ¿Entiende que el marido forma parte de la mujer que él seduce y que ambos, amante y adúltera, se alojan en el espacio creado por el marido? ¿Comprende que no tendrían lugar si no fuera por el marido?

Hay un pasaje en que Trussotski, ebrio, besa en la boca a Velchaninov, que está sobrio, y le pregunta: «¿Ve usted qué amigo soy?»

El marido es el elemento activo del triángulo, pues piensa ofrecer al seductor a su nueva mujer. Amor con odio, amor-fuerza, amor-sometimiento (que puede llegar a la pelea física), amor subterráneo y vil, en que falta el elemento femenino redentor. Al escamotear a la figura de la mujer, no sabemos si ella se portará como una maga correcta. Presente, la mujer es el emblema de la redención. Ausente, lo es de la culpa.

Se habla del eterno femenino. Tal vez Dostoievski, según entiende Georges Philippenko, ha parodizado en tono de vodevil la eternidad de lo femenino en la figura del marido eterno.

La carencia elemental

«De aquello se había olvidado en absoluto, pero a cada instante recordaba que se había olvidado de algo de lo cual era imposible olvidarse», se dice de Raskólnikov.

Es decir: hay un olvido que consiste en saber sólo que se ha olvidado algo imposible de olvidar, olvido abstracto y absoluto, cuyo contenido no podremos conocer nunca. Ese olvido, al apelar a la imposibilidad, genera en quien olvida cierta responsabilidad: he hecho lo que no podía hacer, lo que era normativamente imposible. He transgredido una norma cuyo contenido ignoro.

Mishkin vive llevando la cuenta de lo que le falta para morir, siendo que ignora la fecha de su muerte, no se concreta en facticidad. Como el condenado a muerte a quien se ha conmutado la pena, postergándola, valora lo limitado del mundo como un tesoro infinito, pues infinita es la distancia que hay entre la muerte y la vida, cualquier vida, sea cual fuere su magnitud.

La vida es como un talismán que el héroe cree traer del reino de la muerte, donde nunca estuvo. Tal vez porque la muerte permite contar, recontar, hacer cuentas (y cuentos).

Estamos, pues, ante un tesoro infinito que se caracteriza por su finitud. Quizá sea infinito el deseo de vivir, en medio de una vida que sabemos finita. Todo lo que es quiere ser eterno, asegura Goethe.

Pero no vayamos tan lejos, no escapemos tan lejos. Estábamos en aquella carencia que se denunciaba por el olvido de lo desconocido. Así de simple. Ippolit razona que el mosquito, en el rayo de sol, está en su lugar y él, que es un hombre, es un paria. Mishkin, por su parte, levanta un brazo hacia el «infinito azul» y se echa a llorar:

Lo atormentaba la idea de ser completamente extraño a todo aquello. ¿Qué festín era aquél, qué gran fiesta perenne, que no tenía fin y por la que suspiraba tanto tiempo hacía, siempre desde la infancia misma y en la que nunca pudo tomar parte?

¿Qué distingue la relación del mosquito y la del hombre con el mismo espacio iluminado? Acaso, la noción de infinitud, que introduce en la vida humana una sensación de carencia y de anonimato, cuando el hombre se la pasa poniendo nombre a todo lo que existe (o que él cree que existe). Al mosquito no le falta nada porque no tiene la palabra infinito para hacer desdichada a su conciencia. Al hombre le falta todo lo que no tiene e ignora qué no tiene. Si el mundo es una fiesta, él está excluido. Si el mundo es una morada, no es la suya. Es el único animal impertinente, que además puede denominarse a sí mismo como tal.

Si el hombre supiera que es dichoso, lo sería al instante. Esta es, quizá, la base de la psicología dostoievskiana. También Cristo enseñó a los hombres que todos son buenos y que basta saberlo para serlo. Lo crucificaron unos hombres que ignoraban su propia bondad.

Entonces: ¿cómo combatir esta sensación de extrañeza, de orfandad, de carencia que genera la conciencia infeliz? Tal vez, practicando un cerrado panteísmo naturalista, como Kirílov, que le reza a todo, incluida la araña que sube por la pared, dado el hecho de subir.

No obstante su confianza en la naturaleza, a Kirílov se le escapa algo: mientras ora por la arañita que sube, deja de orar por el resto de las cosas, cuya medida definitiva y cuyo nombre preciso se le escapan, así, infinitamente.

Blas Matamoro



Caligrafía y dibujo de Dostoiewski en una página del manuscrito de *El idiota*

